

# *El sonido del silencio*

*Julio Peces Ruiz*



Primera parte

OTOÑO

秋



“Ríe y el mundo reirá contigo; llora y llorarás solo”.

ELLA WHEELER WILCOX



# 1

Un trueno lejano, las olas rompiendo rítmicamente en la orilla, la espuma del mar gorgoteando al mezclarse con la arena, pequeños guijarros arrastrados por el agua chocando entre ellos, el suave silbido del viento envolviéndome, el graznido de las gaviotas sobre mi cabeza, los chapoteos de un travieso pez volador en la distancia, el zumbido de las alas de un insecto revoloteando cerca... Todo vibraba a mi alrededor, oscilaba a través del aire y se entremezclaba en mis oídos, reverberando como entre las paredes de piedra de una inmensa catedral.

Abrí los ojos. Me encontraba recostada en lo alto de una pequeña duna, completamente sola, vestida con un liviano pareo y un bikini debajo. La ligera brisa que acababa de levantarse acariciaba mis brazos desnudos y me ponía la piel de gallina, pero yo continuaba impassible. Enfoqué la vista para otear el horizonte. En el punto en el que el cielo se unía con el mar se aglomeraba un espeso manto de nubarrones grises. No sabía decir si se aproximaban o se alejaban.

Evocando mis viejos ejercicios de meditación, volví a entornar los párpados y me concentré en dejar mi mente en blanco y mi cuerpo a merced de las sensaciones que me rodeaban. El olor a salitre penetrando en mis fosas nasales, el viento en mi cabello recién cortado y la arena entre los dedos de mis pies...

Pero de repente, un sonido artificial se impuso bruscamente sobre el resto y me sacó de mi ensimismamiento: los primeros acordes de una guitarra y una inconfundible voz surgiendo del interior de mi bolsa de viaje. Era el tono de mi móvil, *Space*

*Oddity*, de David Bowie. Saqué el teléfono y observé las palabras en la pantalla: “Mamá llamando”.

Una sensación de ahogo me oprimió el pecho. Casi sin darme cuenta, había bloqueado mi respiración. Tras unos segundos de duda, y no sin remordimientos, decidí no contestar. Devolví el teléfono a la bolsa y me limité a dejarlo sonar.

Me incliné hacia atrás e, inexpresiva, alcé la vista hacia el cielo mientras escuchaba la letra de la canción. El Mayor Tom, finalizada la cuenta regresiva, despegaba de este mundo terrenal para iniciar su viaje hacia las estrellas. Me imaginé a mí misma subida a un cohete, surcando el firmamento, alejándome más y más de la Tierra a medida que ascendía, dejándolo todo atrás... En aquel instante deseé aquello más que cualquier otra cosa en mi corazón. Y me pregunté si ahí arriba, flotando en un bote de hojalata en medio de la nada y el silencio más absolutos, a años luz de distancia, me sentiría tan sola como aquí abajo.

Tras un largo rato, la canción de Bowie cesó abruptamente, y sólo volvieron a quedar los sonidos del mar. Pero antes de que pudiera perderme de nuevo en mis pensamientos, oí un nuevo ruido a mi espalda. Me volví y vi la camioneta Mitsubishi de Diego aparcando en el camino de tierra al otro lado de la duna, y a mis amigos saludándome a través del parabrisas.

Cogí mi bolsa y mis sandalias y caminé descalza hacia ella. Cuando subí a la parte de atrás, los tres se quedaron mirándome petrificados, con la misma expresión que si hubieran visto a un fantasma.

–Muy buenas –saludé como si nada.

–Pero Sáhara... ¿qué le ha pasado a tu pelo? –me preguntó, entre asombrada y divertida, Tamara.

Sonrojada, me pasé los dedos entre los mechones recién cortados por detrás de la cabeza.

–Ah, sí... Me apetecía cambiar un poco de look. ¿No os gusta?

–Pareces un chico –farfulló Marcos.

–Qué borde eres –le espetó Tamara–. Yo creo que te queda genial. Estás monísima.



Mientras nos internábamos en la carretera, Marcos retomó la conversación que estaba teniendo con Tamara antes de que yo subiera, describiéndole la última boda a la que había asistido como fotógrafo, el delicioso menú que tuvo la oportunidad de catar y el lamentable espectáculo que el cuñado del novio, con un par de copas de más encima, dio en la pista de baile. Yo permanecí callada en mi asiento, escuchando sin participar, hasta que Diego, dirigiéndome una suspicaz mirada por el espejo retrovisor, me preguntó:

—¿Te encuentras bien? Estás muy seria. Es decir, más de lo normal.

Le miré y esboqué una torpe sonrisa de disimulo.

—Sí, es sólo que anoche tuve una discusión con mi madre.

—¿Qué ha pasado?

—Nada importante, no os preocupéis —respondí a media voz.

Desvié la mirada por la ventanilla. Los nubarrones grises continuaban inamovibles en el horizonte. El verano había concluido. El clima empezaba a cambiar, pero la temperatura todavía era lo bastante agradable para un último chapuzón.

Desde pequeña me había acostumbrado a considerar esta época, en lugar de enero, como el inicio de un nuevo año. Incluso tiempo después de haber terminado el instituto y la universidad, mi mente seguía haciéndolo inconscientemente.

Cuando un nuevo año empieza, uno siempre tiene esa sensación, quizá esa esperanza, de que este será distinto al anterior, que da comienzo una nueva etapa llena de posibilidades en la que las cosas cambiarán para mejor y tal vez verá cumplidos sus propósitos. Pero hacía mucho tiempo que yo sentía que mi vida estaba varada, y que hiciera lo que hiciera, y por mucho que anhelara avanzar, todo seguía siempre igual.

Año nuevo, vida vieja.



## 2

–“Tres tristes tigres comen trigo en un trigal”; “el cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará?” El desenladrillador que lo desenladrille buen desenladrillador será”; “Pablito clavó un clavito en la calva de un calvito”; “el perro de San Roque no tiene rabo porque Ramón Ramírez se lo ha cortado”... De acuerdo, comencemos... –tras hacer los ejercicios de vocalización pertinentes, me aclaré la garganta con suavidad, tomé aire diafragmáticamente y hablé usando un registro de pecho, a un volumen y ritmo perfectamente medidos– Buenos días. Es un placer estar aquí, gracias por invitarme... ¿Que cómo empecé en el mundo de la música? Pues... tampoco quiero enrollarme mucho contando mi vida, pero para mí la música ha sido algo que ha estado siempre ahí, desde que era pequeño... Mi primera actuación fue con siete años, en el bautizo de mi primo. A mi tía le encantaba cómo cantaba y me... Espera, ¿le encantaba cómo cantaba? Eso suena raro... –mi reflejo en el espejo, entre la estantería con mi suculenta colección de vinilos y la guitarra firmada por Alan Parsons orgullosamente colgada de la pared, me lanzó una mirada de reprobación. Di un paso atrás y rectifiqué– A mi tía le gustaba mucho oírme cantar, y como siempre he tenido muy buena memoria desde pequeño, me pidió... No, no debería decir eso, suena muy presuntuoso. Esto...

En pleno titubeo, me di la vuelta y descubrí a Eva al pie de las escaleras que subían al dormitorio, llevando solamente una de mis camisas encima, sonriéndome. No la había oído bajar.

–A mí sí que me encanta –dijo, viendo cómo me ruborizaba.

–Perdona, ¿te he despertado?

–Llevo un rato despierta. Estaba remoloneando entre las sábanas.

Incluso recién levantada es preciosa, pensé mientras la contemplaba. Con sus interminables piernas, su rostro de ángel, su larga melena rubia cayéndole sobre los hombros como una cascada dorada, su blanca y seductora sonrisa de anuncio, sus ojos de un innegable azul cielo capaces de provocar descargas eléctricas con una simple mirada... La mujer perfecta...

–Podías haberme avisado de que estabas ahí –le espeté.

–Si te das cuenta no tiene gracia.

–Mirona.

–Eso ya lo sabías cuando empezaste a salir conmigo –respondió, socarrona.

Se acercó a mí y me besó con ímpetu. El sabor de sus carnosos labios me transportó a otro mundo. La rodeé con los brazos, apretándola contra mí, sintiendo las formas de su cuerpo bajo los pliegues de la camisa. Después de darme un mordisco juguetón en el lóbulo de la oreja, se separó unos centímetros y murmuró:

–Voy a darme una ducha.

–¿Quieres que te acompañe?

–No, mejor sigue ensayando tu entrevista.

–Creo que la llevo bastante bien –le dije con una sonrisa pícaro, acariciando su hermoso cuello con la punta de mi nariz.

–Por si acaso. No vaya a ser que te quedas en blanco y hagas el ridículo.

Aunque sabía que lo decía en broma, sólo el mencionarlo hizo que se me pusiesen los pelos de punta. Me habían hecho muchas entrevistas antes, pero nunca en un programa tan importante. Cuando fui consciente de que media España escucharía cada palabra que dijese, me recordé a mí mismo que no podía cometer ni un fallo.

Eva entró en el baño, dejando la puerta entreabierta. La luz matutina regaba el *loft*, dibujando incorpóreas formas doradas en el suelo. Al otro lado de las grandes ventanas, Madrid latía como un organismo vivo. Si se extendía la vista, se alcanzaba a ver el principio de la Gran Vía. La hilera de cines, teatros y

restaurantes del Broadway madrileño despertaba al ritmo de su urbana sinfonía, compuesta por una cacofonía incomprensible de voces sin dueño, los motores y cláxones de un ejército de vehículos subiendo y bajando su pendiente y los pasos de los miles de transeúntes recorriendo apresuradamente sus aceras. Un nuevo día lleno de oportunidades que se abría ante mí.

Mientras terminaba de vestirme, reproduje la *playlist* de mi ordenador. La mítica *Hotel California* comenzó a sonar, acompañada por el sonido constante del agua de la ducha proveniente del baño. No volvería a pasar por casa antes de la cena, así que convenía que me fuese ya arreglado. Me puse la americana de lino, la corbata que Eva me regaló en mi último cumpleaños, el reloj Viceroy (tras un minucioso proceso de selección) y me apliqué un poco de loción sobre mi rostro recién afeitado.

Una vez pulcramente vestido y peinado, cogí mi móvil y me hice un par de *selfies* frente al espejo, o más bien una docena. Las revisé una por una detenidamente, tratando de escoger cuál subir a las redes sociales.

Descarté la mitad en una primera pasada. La segunda que me había hecho era magnífica, pero tenía la corbata ligeramente torcida; en la quinta ya me la había colocado bien, pero estaba demasiado serio; la luz a partir de la sexta era algo peor; en la penúltima sonreía demasiado, aunque me gustaba que se viera de fondo la esquina de la estantería con mis premios... En el tiempo que tardé en decidirme, *Hotel California* terminó y comenzó *Time in a bottle*, de Jim Croce.

Finalmente me decanté por la penúltima. Entré en mi cuenta de *Instagram*; observé henchido de orgullo las cifras de la pantalla: 945 publicaciones, 676.9k seguidores y subiendo.

“Preparándome para la entrevista en el programa de Ferrán. Conectad todos la radio a las doce en punto si queréis oírme. También podéis escucharla a través de su web”, escribí.

Tras subir la foto y poner las etiquetas y los enlaces correspondientes, le eché un vistazo a la publicación de la noche anterior. Había salido con Eva y con Dani a un karaoke. Aunque sólo habíamos ido con intención de tomarnos unas copas, un

grupo de adolescentes me reconoció y no pude negarme cuando me pidieron que cantara algo. De modo que salí y les deleité con *The show must go on*. Dani me grabó con su móvil y yo había colgado el vídeo nada más volver a casa.

Revisé la grabación. La canción era un poco aguda para mí, pero a juzgar por las reacciones de esa noche en el bar y esa mañana en las redes, nadie parecía haberlo notado. En tan sólo diez horas, ya tenía más de mil trescientos “Me gusta” y demasiados comentarios para leer antes de irme: “¡Grande, Héctor! ¡Te queremos!”; “¡Fenómeno, sigue así!”; “¡Wow, qué pasada!”; “Lo que daría por haber estado ahí...”; “¡Crack, no dejes de perseguir tus sueños, que la persecución va genial!”; “¡Enhorabuena por todo lo que estás consiguiendo, te lo mereces!”; y un largo etcétera. El resultado era el mismo en *Facebook* y en *Twitter*.

Todo aquel desfile de elogios, de alegres emoticonos y de signos de exclamación dirigidos a mí hizo que una cálida sensación embargara mi pecho. Cuando pensaba en todas aquellas personas que me querían y admiraban, que disfrutaban cada vez que me subía a un escenario, que veían en mí un modelo de inspiración, de la misma forma que yo había sentido eso desde niño por mis artistas preferidos, sentía que me inflaba como un globo, capaz de elevarme hacia las nubes a punto de estallar. Todo lo que siempre había soñado, todo lo que siempre había perseguido... Al fin, después de tantos años de lucha y sacrificios, comenzaba a recoger los frutos...

En ese instante, Eva salió del cuarto de baño entre una nube de vapor, con una toalla alrededor de su cuerpo escultural y otra envolviendo su melena.

—¿Aún sigues aquí? Vas a llegar tarde.

—Ya me iba —exclamé, apagando el ordenador y cogiendo mi móvil—. Creo que no queda café, así que si quieres...

—Tengo que pasar por mi casa. Desayunaré por ahí. Nos vemos esta noche.

Planté un beso en su húmeda mejilla, ella me deseó suerte y me dirigí hacia la puerta intrépido y decidido, preparado para todo lo que me echaran encima.